

CRUZ Y MANDAMIENTO DEL AMOR

Florentino Alonso Alonso - (Diario de León, 14-V-2022)

Aprendí de niño, en el catecismo, que la señal del cristiano es la Santa Cruz. Y el evangelio de este quinto domingo de Pascua explica que *la señal por la que nos reconocerán como discípulos de Jesús es amarnos unos a otros como él nos ha amado*. Este pasaje forma parte de los llamados “discursos de despedida” del cuarto evangelio (Jn 13,31-33a.34-35). Jesús prepara a sus discípulos para el fin que se le avecina. Tras el gesto del lavatorio de los pies y la traición de Judas, les dirige una serie de enseñanzas que vienen a ser como su testamento espiritual. Aunque es Jesús quien habla, sus palabras describen la situación de una comunidad en la que él ya no está y que reconoce la importancia de vivir en comunión de amor y según las enseñanzas del Maestro. Les dice: «*Ahora (en la pasión y cruz) es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él*». Ha dedicado su vida a manifestar la gloria de Dios, su identidad, su Ser-Amor. En la cruz el Hijo recibe del Padre la gloria porque ha cumplido su encargo amando hasta el extremo. La gloria de Dios, es decir, su más profunda identidad se manifestó en Jesús crucificado y resucitado. Y, así, el discípulo es conocido porque también da gloria a Dios haciendo del amor su seña de identidad. Aquel catecismo de mi infancia, tras definir que la señal del cristiano es la Santa Cruz, preguntaba: *¿Por qué la Santa cruz es la señal del cristiano?*; y respondía: *Porque en ella murió nuestro Señor Jesucristo*. No hay pues confusión entre amor y Cruz en cuanto señal del cristiano. Jesús nos ha mostrado un amor capaz de llegar hasta dar la vida. Un amor así será también nuestra señal identificativa y de toda comunidad cristiana. Mostrar al mundo la gloria de Dios es presentar su rostro, que es amor. La mejor manera de hacerlo es seguir el mandamiento de Jesús: «*amaos unos a otros como yo os he amado*». Amor que no consiste en seguir nuestros sentimientos, sino en hacer nuestros los mismos sentimientos de Cristo, identificándonos con sus decisiones y empapando nuestra voluntad con la ilógica lógica de su cruz.